

Crítica y Reflexión

Nos hemos acostumbrado últimamente a aceptar a la sociedad, simplemente, como un conglomerado de fuerzas sociales que, autorregulado por un mismo sistema de obligaciones y derechos, converge en la producción y en el consumo de bienes. Tal esquema, verdadero en su esquematicidad, deja fuera de la consideración esencial el hecho de que las sociedades reales son históricas y que su continuidad en el tiempo implica una serie de actos, ritos, instituciones, que poseen una eficacia cohesiva, incluso más fuerte que el proceso de producción. En esta continuidad, ante todo, está el proceso de la reproducción de la vida y la conservación de su identidad a lo largo del proceso.

Así, educar había constituido una suerte de rito, el rito de la regeneración espiritual de una sociedad. Un rito irrenunciable, a través del cual se daban y se recibían aquellos saberes que hacen de la vida un valor y no un hecho y un problema. No habría tenido, entonces, sentido alguno preguntarse al interior de una comunidad -así como nos preguntamos hoy nosotros- para qué se educa, o qué debemos enseñar.

Sin embargo, hay que reconocerlo, estas son preguntas que no pueden faltar en los momentos propios de un estado de crisis como los que vivió el mundo a principios del siglo XVII.

Por muchas razones, para hablar de nosotros tenemos que hablar de Renato Descartes. Y la razón sustentadora de todas las otras es que aparentemente nos estamos despojando del llamado espíritu cartesiano y de sus hábitos inconfundibles, que han reinado por cuatro siglos en la cultura de occidente. La razón es que, al parecer, se nos ha agotado, se nos ha venido muriendo un largo tiempo histórico de la edad de la razón.

Y pienso que detrás de muchas de las preguntas que nos hacemos nosotros, seres ligados a la escuela y a la universidad clásica, de alguna manera está presente la pregunta que ya se hace pública sobre qué pasará con el ideario moderno de la educación, con lo que podríamos llamar *el espíritu crítico del hombre democrático y progresista, modelo de esta cultura*.

Porque esto de distinguir, separar, remover, es lo que significa justamente poner en crisis los supuestos, los prejuicios; conmoverlos, para ver si resisten teóricamente a la duda y a la sospecha.

Podría afirmarse que en el Discurso del Método está dado el soplo inspirador a la pedagogía que llegó al menos hasta mi generación, inspiración no siempre ejercida, pero declarada en todos los textos en

vigencia como objetivo general de la enseñanza: *desarrollar en el educando un espíritu alerta, analítico, crítico.*

Tomamos, pues, este término *crítica* en el significado kantiano e iluminístico de *aptitud para discernir los límites y el alcance de nuestra facultad de juzgar*. La crítica es, así, un autocontrol no moral sino epistemológico, un estado de alerta respecto de la propia pericia para *saber distinguir lo verdadero de lo falso*, lo cierto de lo incierto, según palabras del mismo Descartes. (En contraposición a lo lícito de lo ilícito).

La crítica expresa un estado de crisis: la imposibilidad que tiene el individuo reflexivo de amarrar un hecho con otro hecho, un lugar -lo que pasa en la escuela, por ejemplo, con lo que pasa en la calle o en la casa- lo externo y lo interno, lo nuevo con lo viejo, etc.

¿Qué es concretamente lo que está en crisis? La crisis -con sus críticas exasperadas- se expresa como una profunda dificultad de amarre, de retorno a sí a partir de un encuentro con lo otro ya alterado; sentimiento doloroso de no saber de qué lado de sí mismo ponerse. Crisis de identidad.

Hay dos cosas que quisiera subrayar a propósito de la pregunta que nos hacíamos sobre la justificación de la crítica. Una, es que la crisis y el estado crítico por el que se manifiesta suponen una crítica reflexiva. En otras palabras sólo el ejercicio reflexivo -el de Descartes, por ejemplo-, hace de la crítica algo autojustificante.

La segunda cosa que quisiera subrayar ahora es que la reflexión -como acto identificatorio continuo del sujeto- es algo que también ocurre, y que debe ocurrir, en las sociedades históricas, reales.

Y no debemos pensarla, se comprende, como la suma de las reflexiones individuales ni como el confuso parloteo de la opinión pública a través de los medios que la genera.

A diferencia de lo que sucede con la reflexión individual, aquí cabe señalar un punto concreto en el que una sociedad, sin quebrarse, se inclina, se pliega sobre sí misma a fin de seguir siendo la misma. Y este punto de amarre es, esencialmente, el proceso educativo. Proceso que se asfixiaría en su propia identidad si no se expusiera a cada momento a la libertad crítica, esencia de la reflexión.

Quisiera subrayar este punto: la reflexión es la racionalidad de una vida que enfrentada constantemente a lo inédito, debe volverse sobre sí misma para reconocerse, reorganizarse, aceptarse en su nueva situación. Ahora bien, si esta forma de racionalidad es válida para el individuo, con mayor razón lo será para la sociedad que dura y perdura más allá del individuo.

Llegamos así al fin de este esquema: El proceso educativo es el proceso de reflexión por el que una sociedad se vuelve a sí misma a fin de no dispersarse en la linealidad del tiempo.

Por eso, Descartes, conciencia agudísima de la crisis de su tiempo, lo primero que pone en cuestión es el

proceso de entrega y recepción de mundo, que ocurre a través de las disciplinas y saberes tradicionales.

En resumen, el pensamiento cartesiano de la crisis tiene como fin salvar la vida inteligente del hombre y su pertenencia a un mundo más o menos coherente.

Si examinamos las expresiones más socorridas para describir los ideales de hoy, comprobaremos que fuera de expresiones tan vacías como *los valores que hay* que inculcar, los valores que hay resguardar, muchas, más que con cualidades reales de ser tienen que ver con una suerte de utopía del futuro en cuanto tal: *prepararse para el cambio*, para una sociedad creativa, estar preparado para el llamado de la técnica, aprender a aprender para el llamado de la globalización, o de la comunicación universal etc. Perspectivas que en cierta medida, son reales y positivas pero que, por serlo, debieran empezar a tener un contenido humano, un contenido en que un proyecto humano recupere la iniciativa.

Por eso, educar es un deber de los otros, de la sociedad entera que se presenta a sí, en sus saberes, en su experiencia, en su arte y en sus proyectos para convertir al recién llegado en un ciudadano, con todos los derechos y los deberes de la ciudadanía. En este sentido debería seguir representando un acto de iniciación en la vida realmente común y en la democracia.

Humbero Giannini Iñíguez

Estudios de Postgrado, Università Regli Studi di Roma, Italia. Profesor Honoris Causa, Universidad de París. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales, 1999. Profesor Titular, Facultad de Filosofía y Humanidades, U. de Chile